

EL MOVIMIENTO DE LOS DERECHOS CIVILES DE 1960 A 1980

La lucha de los estadounidenses negros por la igualdad llegó a su clímax a mediados de la década de 1960. Después de varias victorias graduales en la década anterior, los negros se comprometieron aún más a fondo con la acción directa no violenta. Algunos grupos, como la Conferencia del Liderazgo Cristiano del Sur (SCLC por sus siglas en inglés) formado por sacerdotes negros, y el Comité Estudiantil de Coordinación de la No Violencia (SNCC) integrado por activistas más jóvenes, pugnar por la reforma a través de la confrontación pacífica.

En 1960 algunos estudiantes negros de educación superior organizaron un plantón en un restaurante segregado de Woolworth, en Carolina del Norte, y se negaron a retirarse del lugar. Ese plantón atrajo la atención de los medios y dio lugar a otras manifestaciones similares en todo el sur. Al año siguiente los trabajadores partidarios de los derechos civiles organizaron "giras de la libertad", en las que blancos y negros viajaban en autobuses hacia las terminales segregadas del sur, dando lugar a confrontaciones que recibían la atención de los medios informativos y propiciaban el cambio.

Esos grupos organizaron también grandes concentraciones, como la "Marcha a Washington" en 1963. Más de 200.000 personas se reunieron en la capital del país para manifestar su compromiso con la igualdad para todos. El momento culminante de una jornada de canciones y discursos llegaba cuando Martin Luther King Jr., quien se había perfilado como el vocero más grande de los derechos civiles, tomaba la palabra. "He tenido el sueño de que un día, en las rojas colinas de Georgia, los hijos de los ex esclavos y los hijos de los que fueron amos de esclavos se podrán sentar juntos a la mesa de la fraternidad", proclamaba King. Cada vez que él repetía el estribillo "he tenido un sueño", la multitud gritaba de júbilo.

Sin embargo la retórica del movimiento a favor de los derechos civiles no logró progreso alguno en sus inicios. Al principio el presidente Kennedy no quiso presionar a los sureños

blancos para que apoyaran los derechos civiles, pues necesitaba sus votos para otros proyectos. Sin embargo los acontecimientos lo obligaron a actuar. En 1962, cuando a James Meredith se le negó la admisión a la Universidad de Mississippi a causa de su raza, Kennedy envió a la tropa federal para que impusiera el cumplimiento de la ley. Cuando las protestas contra la segregación recibieron una respuesta violenta de la policía en Birmingham, Alabama, él envió al Congreso un nuevo proyecto de ley sobre derechos civiles, donde se imponía la integración obligatoria en los lugares públicos. A pesar de todo, ni aun la "Marcha a Washington" fue capaz de agilizar la aprobación de esa medida por un comité del Congreso, donde aún se hallaba empantanada cuando Kennedy fue asesinado.

El presidente Johnson tuvo más éxito. Este sureño de Texas se comprometió con la causa de los derechos civiles cuando aspiraba a ocupar un cargo de nivel nacional. En 1963 él mismo le dijo al Congreso: "Ninguna oración fúnebre o panegírico podría honrar de un modo más elocuente el recuerdo del presidente Kennedy, que la aprobación más expedita posible del proyecto de ley sobre los derechos civiles". Con todo el peso de su autoridad, Johnson convenció al Senado de que abreviara los debates y así obtuvo la aprobación de la amplia Ley de Derechos Civiles de 1964, por la cual se prohibió la discriminación en todos los alojamientos públicos. Al año siguiente él presionó también a favor de lo que habría de ser la Ley de Derechos de los Votantes, en 1965. En ella se le dio autoridad al gobierno federal para asignar examinadores, cuyo deber era registrar a los votantes en los lugares donde los funcionarios les negaban el registro a los negros. Al año siguiente de la aprobación de esa ley, 400.000 negros se registraron en el extremo sur; ya para 1968 su número llegaba a un millón, y en todo el país hubo un aumento sustancial en el número de funcionarios negros elegidos. Por último, el Congreso aprobó en 1968 la legislación por la cual se prohibió la discriminación en materia de vivienda.

A pesar de toda esa actividad legislativa, algunos negros se sintieron impacientes por el ritmo de sus progresos. Malcolm X, un elocuente activista, abogó por que los negros se separaran

de la raza blanca. Así mismo, el líder estudiantil Stokely Carmichael se desilusionó de las ideas en torno a la no violencia y a la cooperación entre las razas. Él predicó también la necesidad de afirmar el poder negro por todos los medios requeridos.

La violencia trajo consigo las exhortaciones más militantes a la reforma. En 1966 y 1967 estallaron los desórdenes en varias ciudades grandes. En la primavera de 1968, Martin Luther King fue abatido por la bala de un asesino. Varios meses más tarde, el senador Robert Kennedy, quien era un vocero de los menos favorecidos, opositor de la Guerra de Vietnam y hermano del presidente asesinado, corrió la misma suerte. Para mucha gente, esos dos homicidios señalaron el final de una era de inocencia e idealismo, tanto en el movimiento a favor de los derechos civiles como en el de la oposición a la guerra. La creciente militancia de la izquierda, aunada a la inevitable reacción de los conservadores, abrió una brecha en la mentalidad de la nación, que tardaría varios años en cerrarse.

El compromiso federal para con los derechos civiles se debilitó cuando Richard Nixon asumió la presidencia. Él estaba decidido a consolidar su base política en torno a los conservadores blancos, quienes temían que el movimiento a favor de la igualdad de los negros hubiera llegado demasiado lejos. La "estrategia del sur" indujo al gobierno a reducir la suma que se había asignado a la meta de la vivienda equitativa y, en 1970, a un intento infructuoso de impedir la extensión de la Ley de Derechos de los votantes de 1965. Cuando la Corte Suprema dictaminó en 1971 que el transporte de los niños en autobús era un medio adecuado para imponer la integración en las escuelas, Nixon impugnó por televisión el veredicto y pidió que el Congreso le impusiera una moratoria o ciertas restricciones. Aun cuando el presidente no logró sus fines, definió con claridad su posición. Los opositores de la integración por medio del transporte en autobuses lograron una victoria en el caso *Milliken v. Bradley* en 1974, en el cual la Corte Suprema invalidó los intentos de transferir a los alumnos negros del centro de las ciudades a escuelas suburbanas que eran predominantemente blancas.

La reacción en contra del trato preferente para las minorías adquirió un carácter aún más público en un caso juzgado por la Corte Suprema en 1978. Allan Bakke, un hombre blanco, dijo que su solicitud de ingreso a una escuela de medicina en California había sido rechazada a causa de una cuota, por la cual se reservaban plazas para los solicitantes miembros de minorías. La corte ordenó su admisión y argumentó que ya no sería posible seguir imponiendo ese tipo de cuotas, pero en seguida ratificó que la raza seguiría siendo uno de los factores relevantes en los procedimientos de selección.

A pesar de todo, la controversia en torno del transporte de alumnos en autobuses y la acción afirmativa oscureció a veces el hecho de que, en todos esos años de inquietud, muchos estadounidenses de origen africano se incorporaban día con día a la clase media... y a los suburbios.

(Reseña de la Historia de los Estados Unidos – Capítulo 12: Decenios de Cambios)